

ANTONIO HERRERA GONZÁLEZ DE MOLINA

La construcción de la democracia en el campo (1975-1988). El sindicalismo agrario socialista en la Transición española

Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, 2007
ISBN: 978-84-491-0799-3

En toda una tradición de estudios sobre los procesos de democratización, cuando han aparecido juntos los términos *movilización* y *Transición* no ha sido precisamente para analizar la interacción entre el cambio político y la acción colectiva. Muy al contrario, ha sido para señalar la amenaza de la primera en el afianzamiento de la segunda. Afortunadamente, en los últimos años la historiografía sobre el tránsito a la democracia en España se ha visto enriquecida con trabajos como el de Antonio Herrera. Éste, a través de un buen utillaje metodológico y teórico, ejerce una fundamentada crítica de los planteamientos excesivamente lineales y predefinidos, con epicentro en las negociaciones entre élites o en las dinámicas desarrollistas, sobre el proceso de transición en España. A partir de estas premisas, y con especial cuidado al insertar sus tesis en un contexto de profundos cambios estructurales, el autor consigue construir con éxito una interpretación de la Transición más dinámica, compleja y multicausal.

Más allá de enfoques puramente economicistas o institucionalistas, la presente obra expone la íntima relación entre la acción de los actores sociales y el cambio y consolidación democráticos, aplicada en este caso a los sujetos colectivos del campo, específicamente a la socialista Federación de los Trabajadores de la Tierra. A este respecto cabe decir que la floreciente historia social sobre el periodo ha adolecido de un escaso interés por los grupos sociales más rezagados y postergados por el proceso de modernización socioeconómica iniciado en la década de los años sesenta. Una desatención que también ha tenido que ver con la casi lineal, y

habitual en el estudio del franquismo tardío y de la Transición, identificación historiográfica entre movilización social y conflicto industrial. Sin embargo, este libro viene a destacar, y ahí reside el punto fuerte de la investigación, el importante papel que en el proceso de construcción y vigorización democrática desempeñó un sujeto social que, al calor de las transformaciones sociales y de su vertiginosa reducción numérica, ha quedado prácticamente relegado al olvido del imaginario colectivo de la Transición.

De este modo, como se explica en la primera parte de la obra, los agricultores y asalariados del campo, lejos de ceñirse a los habituales tópicos del ciego radicalismo irracional y de la indiferencia política, desempeñaron un nada desdeñable papel en la construcción de la democracia en el mundo rural. De hecho, ésta no fue un otorgamiento graciosamente concedido desde arriba. Ni la ciudadanía democrática el producto mecánico de la Constitución de 1978 que sancionó los derechos y libertades básicos. Más bien, se trató del resultado de un proceso histórico, gradual y activo, y anidado en la interacción –a menudo conflictiva– entre los ciudadanos y el Estado. Como en este trabajo se demuestra, la ciudadanía democrática fue en buena medida producto del aprendizaje de nuevas prácticas y repertorios reivindicativos –desde las formas institucionalizadas, a través del nexo parlamentario del PSOE, a aquellas más contenciosas y disruptivas como las tractoradas –fraguados en la reclamación cotidiana de mayores derechos sociales y políticos en un entorno rural en el que los rescoldos del antiguo régimen tardaron en apagarse. Por lo que se puede afirmar, como una de las principales conclusiones que se extraen del texto, que los resultados del proceso, con sus lacras y limitaciones, hubiesen tenido una naturaleza más restringida sin la presión desde abajo que acompañó durante la Transición a las negociaciones, pactos y consensos por arriba.

Sin embargo, no hay que olvidar, que de forma paralela al cultivo de usos y retóricas de-

mocratizadoras, en aquellos años tanto la FTT, como el resto de organizaciones de clase, se encontraron inmersas en una frenética actividad de reestructuración y expansión, en directa competencia unas con otras. Por lo que, como bien señala el autor, sus cálculos estratégicos y sus pautas de movilización estuvieron directamente relacionadas con la necesidad de crecimiento y consolidación orgánica, además de buscar el reconocimiento de la Administración y de la patronal. Lo cual nos remite en ocasiones al lado oscuro, aunque el libro no profundiza demasiado en esta cuestión, de expectativas frustradas, desmovilización y sacrificios de las bases, subordinación a la táctica de los partidos políticos, luchas partidistas y oportunismo, desencanto y cansancio de la militancia, etcétera. Si bien no se puede hablar de traición a la clase trabajadora, y hay que tener muy en cuenta la desestabilización, involucionista y terrorista, a la que se vio expuesta la joven y endeble democracia española en un contexto de marcado declive económico, no toda actuación de las organizaciones políticas y sindicales de clase puede quedar justificada en función de la consolidación democrática, la solución de la crisis económica y la integración en Europa. En este sentido sería aconsejable indagar con mayor detenimiento en las causas del acelerado repliegue social que el movimiento sindical experimentó desde finales de los setenta, de su alejamiento de círculos culturales, estudiantiles o vecinales, y de su menguada capacidad para conectar con los nuevos movimientos sociales emergentes. Igual de recomendable sería que en el acercamiento a las transiciones no se identificasen exclusivamente los valores democráticos con las formas limitadas del liberalismo parlamentario y de la política electoralista, quedando las posibilidades de avance democrático constreñidas de esta forma a la ortodoxia de la sociedad de mercado.

Una vez encarrilada la senda de las libertades, y consolidado el sistema democrático con la alternancia en el gobierno tras las elecciones de

1982, la segunda parte del libro analiza la acción de la FTT durante los años de Gobierno socialista hasta la ruptura definitiva entre partido y sindicato con motivo de la huelga general de 1988. Se trata de una radiografía en la que se pone de manifiesto cómo el acceso a los resortes del poder modula las estrategias, las expectativas y los repertorios de acción colectiva que emprenden los actores sociales. Si difícilmente se puede explicar la victoria del PSOE en 1982 sin tener en cuenta la formación de nuevos valores de participación democrática que generalizó la FTT en su lucha contra los restos franquistas en el campo, tampoco se puede entender la relativa fijación del voto socialista —o minimización de los costes electorales— en las grandes zonas agrarias del país durante los comicios posteriores, sin tener en cuenta la labor de la FTT en años de reconversión, reajuste laboral, flexibilización y control salarial. En este sentido, la central socialista en el campo se encargó de implementar el sistema de protección asistencial ideado por el PSOE para minimizar los efectos sociolaborales de la reestructuración agraria. En el camino de la modernización industrial y del acercamiento a Europa, la FTT realizó una importante labor de contención social y minimización de los costes, a través de la práctica sociopolítica poco disruptiva y la gestión del Empleo Comunitario (después el PER), sobre el colectivo más aquejado por el desempleo y la congelación salarial y de precios. En efecto, el fin fue la integración en la Política Agraria Común, pero ésta se llevó a cabo a costa de la disminución del poder adquisitivo de los trabajadores del campo. Lo que se tradujo en el descontento de las bases —potenciado por las deficiencias en la gestión asistencial—, en la reactivación del movimiento jornalero y en el origen del progresivo alejamiento, definitivo desde 1988, aunque atenuado hasta entonces en el caso de la FTT por la doble militancia y la duplicación de cargos entre la UGT y el PSOE.

En definitiva, se trata de un libro escrito con soltura y sencillez. Claro y preciso. Bien fun-

damentado teórica y metodológicamente. Bien articulado y apoyado en una extensa bibliografía y unas ricas y variadas fuentes documentales. Todo lo cual hace de él un texto importante —que contribuye decididamente a alentar el debate actual sobre la Transición— para tener una visión más dinámica y poliédrica del proceso de recambio de las estructuras dictatoriales, incluyendo en el relato del mismo a nuevos actores y renovadoras perspectivas desde abajo. Asimismo su lectura se antoja necesaria para conocer mejor los problemas y los procesos que afectaron al mundo rural y agrario en un periodo tan importante de la historia presente de nuestro país.

Óscar J. Martín García

JULIÁN DIAMANTE

Mis recuerdos de la Guerra Civil Española. Memorias

Madrid, Ediciones del IMSERSO, 2007

El libro con este título, publicado por el IMSERSO, recoge los acontecimientos vividos por su autor, Julián Diamante Cabrera, entre el 17 de julio de 1936 (desencadenamiento de la Guerra Civil), hasta el día del mes de febrero de 1939 en que quedó prisionero del ejército franquista tras la derrota de las tropas republicanas en las que estaba encuadrado como Mayor Jefe del Batallón de Puentes n.º 3.

El relato, en un estilo sencillo pero muy descriptivo, comprende todas las acciones, aventuras y desventuras del narrador, desde el cumplimiento inicial de sus obligaciones como ingeniero de Caminos, Canales y Puertos en el Canal de Lozoya (actualmente de Isabel II) hasta su alistamiento en el ejército de la República como ingeniero militar y sus notables actuaciones en fortificaciones y pasos de ríos, culminadas como participante con grandes responsabilidades en la importante batalla del Ebro, último

intento de truncar el curso adverso de la contienda por parte del ejército republicano.

Como encuadramiento necesario de este período de la vida de Julián Diamante, el libro comienza con una Introducción escrita por Julio Diamante, hijo y depositario de las memorias del autor, que nos permite conocer la personalidad de éste y sus vicisitudes anteriores y posteriores al período de guerra. Así podemos saber de la prisión y la marginación padecidas durante el franquismo, no sólo por el autor de los Recuerdos, sino también por su padre, igualmente ingeniero de Caminos leal al gobierno legítimo de la República, y encarcelado asimismo por ello, al final de la guerra, hasta fallecer en prisión en 1945.

Estas *Memorias* son, sin duda, una aportación muy valiosa a la historia de la terrible guerra civil española. En su parte inicial se describe el ambiente del Madrid, sede del gobierno legítimo, que tuvo que atender desde el primer momento al mantenimiento de los servicios básicos y de la vida ciudadana, al mismo tiempo que a la movilización necesaria para hacer frente a las tropas sublevadas, y en ambos aspectos el relato de Julián Diamante, con su visión como técnico y, sobre todo, como ciudadano comprometido con la defensa de la legalidad y de los valores de la convivencia, nos ilustra y describe perfectamente lo que estaba sucediendo, en un estilo sencillo, conciso, lleno del más fino sentido del humor a pesar de la gravedad de la situación.

De igual forma, a medida que, con el transcurso del tiempo se iba agravando la contienda y ello obligaba a una cada vez mayor movilización militar, las nuevas situaciones van quedando reflejadas en la narración. Así, Julián Diamante nos describe con igual sencillez y también trascendencia, su encuadramiento en el ejército, reclamado como técnico experimentado y eficaz para prestar sus servicios en las unidades de ingenieros militares. De esta forma nos da a conocer cantidad de datos y descripciones de

enorme valor para el conocimiento de la historia militar, tanto bajo el punto de vista táctico y estratégico como técnico castrense, en momentos en que la preparación de armamento y material bélico por parte de las grandes potencias para el próximo conflicto mundial era evidente.

Es también sumamente interesante el conocimiento que podemos adquirir con la lectura de este texto del ambiente político tan plural y complejo de la República en guerra, reflejado en la participación en los combates de unidades militares no adscritas al ejército regular, sino a partidos y sindicatos (Partido Comunista, UGT, CNT), lo que sin duda reforzaba el carácter popular de la resistencia, pero también facilitaba divisiones y desorganización, cuestiones poco convenientes para el éxito en el campo de batalla. Todo ello es reflejado y enjuiciado, sin ningún sectarismo, pero con preocupación de ciudadano, por encima de todo leal al sistema republicano.

Por otra parte, también es abundante e imparcial la información que recibimos de gran cantidad de personas, civiles y militares, adscritas a la política y a la milicia en todas las formas antes referidas, que tuvieron relación de cualquier clase con Diamante durante toda la contienda, humanizando de esta forma el relato histórico, que en consecuencia no queda en una mera relación de sucesos. Por supuesto no se ocultan crueldades y arbitrariedad que evidentemente existieron en la zona republicana, sobre todo al comienzo de la guerra, pero también se describen en contraposición comportamientos impecables de muchos defensores de la legalidad.

Es sin duda sumamente ilustrativo del carácter cruel, arbitrario y destructor del nuevo sistema dictatorial implantado desde el comienzo de la guerra en las zonas de España que iban cayendo bajo el dominio franquista, conocer algunas referencias que Julián Diamante recoge en su relato, pero, sobre todo, detenernos en la

relación pormenorizada que en la Introducción hace su hijo de la formación del procedimiento sumarísimo de urgencia, abierto por el Consejo de Guerra Permanente contra él en 1941 por el delito de AUXILIO A LA REBELIÓN (idéntico delito fue aplicado a todos los españoles que habían sido leales al Gobierno legítimo de la Nación).

Merece la pena leer detenidamente todos los indicios utilizados por el Consejo (reseñados en la mencionada Introducción), para emitir su veredicto de culpabilidad y condena a prisión, por lo que aquí sólo recordaremos algunos especialmente grotescos como «manifestó su entusiasmo... (por la causa de la rebelión roja)... tocándose con mono...» o «...en Canales de Lozoya (su trabajo)... trataba despectivamente a los compañeros tenidos por derechistas...». Aunque Julián Diamante obtuvo la libertad pocos años después («libertad vigilada»), hasta 1971 no obtuvo la readmisión en el Cuerpo de Ingenieros de Caminos, del que había sido expulsado desde su prisión al final de la guerra.

No cabe duda de que cuando, en los tiempos actuales, desde ámbitos políticos y sociales influyentes se discute el derecho de recuperación a la memoria histórica de los hechos aberrantes sucedidos desde el 18 de Julio de 1936 hasta la recuperación de la democracia en 1977, se está negando por un lado el derecho de todas las personas que sufrieron tan flagrantes injusticias a recuperar públicamente su imagen, y por otro impidiendo la necesidad pedagógica de que las nuevas generaciones conozcan con todo detalle los extremos a que puede llegarse cuando se olvidan y atacan los principios fundamentales de la convivencia y los derechos humanos.

El interés de la Introducción de Julio Diamante no sólo radica en la aportación de datos y reflexiones sobre la figura de su padre, sino también en la gran cantidad de juicios de valor, recuerdos históricos y descripción documental sobre todo el período republicano, antes y durante la guerra, así como sobre la dictadura

posterior. De esta forma podemos contar con una visión muy completa, desde luego apasionada y nada neutral (como en justicia corresponde a tan larga sucesión de acontecimientos), de la vida española durante la mayor parte del siglo XX.

Su recuerdo de tantas figuras clave en el mayor intento histórico de transformación de la secular violencia y corrupción de la política española a un sistema democrático, como fue la Segunda República, y del fracaso de las acciones de gobierno y legislación emprendidas entonces, mediante el procedimiento habitual utilizado en nuestra Historia por la poderosa Reacción para evitar cualquier cambio en las relaciones de poder económico, político y social, nos da muchas claves para entender, no sólo aquel período, sino también las dificultades y carencias de la transición posterior a la muerte de Franco, e incluso de nuestra flamante democracia actual del siglo XXI.

Seguramente el conocimiento, estudio y reflexión de las aportaciones como las que hemos comentado de Julián y Julio Diamante a la Memoria común, podría ser el camino más seguro y pacífico a la construcción de un futuro en que la convivencia de los españoles se base únicamente en la justicia, la libertad y la paz.

Luis Otero Fernández

HUGO GARCÍA

Mentiras necesarias: la batalla por la opinión británica durante la Guerra Civil

Madrid, Biblioteca Nueva, 2008, 266 págs.

ISBN: 978-84-9742-788-3

Este libro, cuya primera versión se presentó como tesis doctoral en la UNED, es un modelo de lo que debe ser una monografía histórica. El tema que aborda es limitado, como corresponde a una tesis doctoral, pero el autor lo ha trabajado a fondo. Ha consultado la amplísima

documentación disponible en una docena de archivos de España, Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos, la ha analizado con buen criterio y ha expuesto sus resultados en una obra bien estructurada, bien escrita y concisa. Las fuentes consultadas habrían permitido escribir un libro dos veces más extenso, pero no por ello habría sido más interesante, al contrario, es probable que hubiera resultado menos incisivo.

La actividad propagandística de republicanos y «nacionales» en el exterior adquirió una magnitud sin precedentes en la historia española, pero respondía al auge de la propaganda exterior que se produjo en el mundo desde fines del siglo XIX, que García analiza en su primer capítulo. Los esfuerzos propagandísticos de ambos bandos prestaron particular atención a las dos potencias europeas que no habían tomado abiertamente partido y habían promovido el acuerdo de no intervención, es decir, Francia y Gran Bretaña, por lo que ha sido un acierto centrar el libro en el caso de esta última. Tras ese primer capítulo, que ofrece una buena síntesis del nacimiento de la propaganda moderna e incluye un análisis de la percepción internacional de la política española en los años que precedieron a la Guerra Civil, el libro se estructura en tres partes. La primera examina los aparatos de propaganda de ambos bandos, la segunda analiza los grandes temas que se debatieron y la tercera se plantea la difícil cuestión del impacto efectivo que tuvo la propaganda.

Respecto a los aparatos propagandísticos, que hubieron de ser improvisados al inicio de la guerra, García destaca que ambos bandos recurrieron mucho a voluntarios, cuyo perfil difería significativamente. Los «nacionales» contaron sobre todo con aristócratas y militares, mientras que los republicanos emplearon a intelectuales que simpatizaban con su causa, algunos de ellos extranjeros. También fue importante la colaboración institucional extranjera, sobre todo la de la Alemania nazi en el caso de Franco y la de la Internacional Comunista en el caso de la República. El comunista alemán Willy Mün-

zenberg realizó una contribución particularmente importante en la puesta en marcha de la propaganda exterior republicana.

Gran interés tiene la segunda parte del libro, que se centra en cuatro temas a los que prestaron considerable atención los propagandistas de ambos bandos: la propia definición del conflicto, las atrocidades cometidas, la defensa de la civilización y la intervención extranjera en el conflicto. Los insurgentes se presentaban como un movimiento nacional contra el dominio marxista, lo que tenía varias ventajas. En primer lugar, les permitía sintonizar con un sentimiento anticomunista muy extendido en Gran Bretaña y otros países (que curiosamente el autor, en general muy objetivo, presenta como un temor irracional al «fantasma del peligro comunista»). En segundo lugar, les permitía presentar su alzamiento como un caso de legítima defensa, para lo que difundieron incluso la infundada tesis de que se había anticipado a una inminente insurrección marxista. Y en tercer lugar les permitía evitar una definición precisa de sus propios objetivos, que ellos mismos no tenían del todo claros, pero que en todo caso tenían un cariz antiliberal poco en consonancia con los valores dominantes en la sociedad británica. En cuanto a la definición de la guerra como una cruzada, se utilizó bastante menos, porque podía ser útil de cara a la opinión católica, pero resultaba problemática en un contexto más amplio.

Hugo García considera sorprendente que los republicanos no presentaran la guerra como un conflicto entre la democracia y el fascismo, aunque sí lo hicieron sus partidarios británicos. Podían haberlo hecho, pero en realidad el ideal por el que combatían socialistas comunistas y anarcosindicalistas no era precisamente el de una democracia al estilo occidental. Por otra parte evitaban presentarse como partidarios de una revolución social, para no dar argumentos a sus críticos conservadores. Así es que la propaganda republicana se centró inicialmente en la dimensión legal del conflicto, que había surgido de una insurrección contra un gobierno legíti-

mo e internacionalmente reconocido; presento el conflicto como un choque entre «progreso» y feudalismo»; y finalmente destacó la intervención alemana e italiana para definirlo como una guerra patriótica contra una invasión extranjera, que es como los «nacionales» lo habían presentado desde el primer momento, aunque en su caso el papel de invasor correspondiera al comunismo ruso y sus agentes.

Tanto en el tema de la intervención extranjera como en el de las atrocidades, la propaganda de ambos bandos siguió líneas previsibles. Ambos enfatizaron las atrocidades del enemigo, negaron, minimizaron o trataron de justificar las propias, resaltaron la sumisión del bando contrario a sus patrocinadores extranjeros, y trataron de restar importancia al apoyo exterior que ellos mismos recibían. En cuanto el tema que García denomina «las batallas de la civilización», se comprueba que ambos bandos quisieron presentar la guerra como un conflicto entre civilización y barbarie, aunque evidentemente no coincidían en quien representaba a los bárbaros. La persecución religiosa en la zona republicana, que llevó a la muerte a la cuarta parte del clero masculino, pudo ser presentada por los insurgentes como un ataque contra las raíces cristianas de la civilización occidental. Los republicanos, por su parte, jugaron la baza del apoyo intelectual con que contaban, mientras que los «nacionales» desaprovecharon el apoyo inicial que les dio una figura de la talla de Unamuno.

Lo más difícil, observa Hugo García, es evaluar el impacto real que tuvo todo aquel esfuerzo propagandístico. La mayoría de los británicos no tomaron partido, pero veían con mayor simpatía a la República que a los generales rebeldes. Estos sólo recibieron el apoyo entusiasta de algunos intelectuales católicos y de sectores de extrema derecha, mientras que la causa republicana sólo fue verdaderamente popular entre los comunistas y en el ala izquierda del laborismo. Y tales actitudes, subraya Hugo García, se debían más a orientaciones ideológicas previas

que al efecto de la propaganda. No cae pues el autor en el típico error de sobrevalorar la importancia histórica del tema que estudia.

Estamos pues ante un buen libro que capta el interés del lector. A mi juicio sólo presenta dos lagunas, una de forma y otra de fondo. La primera es la ausencia de un índice de nombres, imperdonable en un libro en el que aparecen bastantes personajes de interés. La segunda estriba en no haber analizado los objetivos finales que se planteaba la propaganda de ambos bandos. Trataba de incidir en la opinión pública, pero pretendía que ello repercutiera a su vez en la política de los gobiernos. Hubiera sido pues útil dedicar unos párrafos a reflexionar en qué sentido pretendía influir cada bando en el gobierno de Londres: el mantenimiento de la no intervención y la concesión de derechos de beligerancia en el caso de los insurgentes, o el fin de la no intervención en el caso del gobierno republicano.

Juan Avilés

LEANDRO ÁLVAREZ REY (ED.)

Diego Martínez Barrio. Palabra de republicano

Sevilla, Ayuntamiento/ICAS, 2007, 1046 pp.
ISBN: 978-84-96098-96-1

Resulta sorprendente la escasa atención prestada, hasta ahora, por la historiografía española a uno de los hombres políticos más destacados del siglo XX, el sevillano Diego Martínez Barrio. Podrá debatirse a propósito de la hondura de su ideario o del resultado de sus gestos, labores y diligencias; pero todo ello deberá hacerse tras aceptar una premisa que no es otra cosa que un dato. A saber, Martínez Barrio ha sido el único español que, si bien es cierto que en circunstancias excepcionales, ocupó las tres más altas instancias de poder y representación de la nación: la jefatura del Gobierno, la de las Cortes y la del

Estado. Leandro Álvarez Rey rescata, en *Palabra de republicano*, el corpus de materiales —artículos, disertaciones, informes, alocuciones...— que Martínez Barrio fue confeccionando, de modo asistemático, desde 1901 a 1961.

La selección empieza con un breve, enérgico y —aunque parezca una contradicción— inseguro artículo publicado en *El Noticiero Obrero* de Sevilla. En él se defendía, en los albores de la centuria, siendo anarquista y en tiempos de incontestable hegemonía internacionalista entre los sectores proletarios que combatían el orden existente, el valor objetivo de la pasión patriótica. Quiso darse a conocer y lo hizo sosteniendo que si la solidaridad de clase tenía que desbordar fronteras, el sentimiento nacional no podía sino presidir las acciones de cada obrero concreto en su respectivo terruño. Las raíces aseguraban la plenitud del desarrollo de la justicia social. Las piezas que se recogen en *Palabra de republicano* culminan, desde un punto de vista cronológico, con la alocución que en su condición de Presidente de la República española en el exilio dirigió, en 1961, con motivo del trigésimo aniversario del 14 de abril y poco antes de su fallecimiento, a la ciudadanía española. La inquietud por el porvenir nacional, así como, de nuevo, por la justicia social, continuaba orientando el verbo de un por entonces debilitado, en lo político y en lo personal, prohombre de la democracia.

Lo reunido, de forma sistemática y pulcra, son ciento setenta escritos y discursos que un autodidacta fue dando a conocer, en medios muy diversos, al tiempo que construía su biografía. Un acervo de palabras articuladas no en el vacío sino, por el contrario, en permanente relación con los combates de su tiempo y con el desarrollo de sus propias y personalísimas aspiraciones y contradicciones. De un tiempo largo, que acabaría siendo el de medio siglo de la historia de España. La de Martínez Barrio fue una personalidad de orígenes populares que prueba el carácter equiparable, cuando no compartido, de las raíces últimas de las rebeldías liberta-

rias y de las filiaciones republicanas radicales. El medio asociativo y las prácticas discursivas de unos y otros eran, a menudo, francamente compatibles. Será a raíz del salto dado a la política, de la mano de Alejandro Lerroux, que la biografía de Martínez Barrio resulte paradigmática del *cursus honorum* que, se suponía, debía o podía seguir todo buen republicano. Hacer política, empezando por la corporación municipal, permitía progresar, aunque ello no supusiese, como puede verse en su caso, su palabra y sus actos, la renuncia a un cierto grado de honestidad tanto para con los orígenes como para con las idealidades.

El momento de gloria lo alcanzó Martínez Barrio en tiempos de la Segunda República. Fue un instante de plenitud no sólo para él, sino para sucesivas generaciones de españoles que se sumaron a la esperanza en la República que finalmente se plasmaría en 1931. Las expectativas, las primeras dificultades, los errores, los intentos de rectificación son expresadas, en republicano histórico, por Martínez Barrio. Lo son tanto en los meses de complicidad con Lerroux como en los tiempos posteriores de aproximación a Manuel Azaña. Las sucesivas apuestas de Martínez Barrio condicionadas por un alto sentido del valor de la legalidad, por la imprescindible «pacificación de los espíritus» —reflejo de la aspiración masónica a la armonía universal— que debía acompañar, también, a una irrenunciable vocación por la reforma. De reforma generosa en lo territorial —con una clara visión autonómica desde la unidad de la patria—, de reforma razonable en materia de laicidad, de reforma posible en lo social. El sentido del combate republicano permanece inalterable en la Guerra Civil —a pesar de las derivas que denunciaba— o en el esfuerzo por mantenerlo con vida más allá de la derrota, en otras geografías alejadas de la patria. Es el exilio el territorio donde se completa un recorrido que, insisto, es el de una de las Españas de la primera mitad del siglo XX.

Todo ello, y en particular, dado que apenas se ha referido en las líneas precedentes, el pa-

pel central de la masonería tanto en la vida de Martínez Barrio como en las posibilidades de desarrollo de las culturas democráticas y progresistas en España, queda reflejado en el espléndido estudio preliminar. Un estudio que hay que esperar sea la primera cata de una perentoria biografía política del personaje que Álvarez Rey debería abordar. Un estudio que, por el momento, constituye un apoyo precioso para orientar al lector en el magma abrumador de los papeles del ilustre prohombre sevillano así como una pieza ineludible para quienes se ocupan en conseguir una mejor comprensión del rol histórico del republicanismo español.

Ángel Duarte

CARME MOLINERO Y PERE YSÀS

La Anatomía del Franquismo. De la supervivencia a la agonía, 1945-1977

Barcelona, Crítica, 2008

ISBN 978-84-8432-006-7

Impulsada en gran medida por el debate político vigente, la historia de la dictadura franquista suscita hoy día un extraordinario interés en la opinión pública. Sin duda alguna, la política represiva es uno de los aspectos que provocan una mayor atención mediática y social en los últimos meses, pero no es el único. Buena prueba de ello son las recientes publicaciones que abordan el estudio y análisis del régimen desde perspectivas nuevas o poco exploradas hasta el momento. Estudios encaminados al estudio de la trayectoria del franquismo desde los años sesenta hasta su final —período que hasta hace bien poco permanecía un tanto en la sombra— o, como en el caso que nos ocupa, a profundizar en el análisis de la evolución del Régimen desde un enfoque y fuentes en gran parte inéditas. En esta última línea se inscribe el libro de Carme Molinero y Pere Ysàs, *La Anatomía del franquismo. De la supervivencia a la agonía, 1945-1977*. Sus autores, profesores de la Universidad Au-

tónoma de Barcelona e impulsores del Centre d'Estudis sobre les Èpoques Franquista i Democràtica (CEFID/UAB), un grupo multidisciplinar que cuenta con más de 80 investigadores, han publicado ya un buen número de obras sobre la dictadura franquista y son, sin duda alguna, dos de los mejores especialistas en este período de nuestra historia reciente.

Tal como plantean sus autores en la introducción, el libro aborda el estudio del régimen «desde dentro», tomando como hilo conductor los debates del Consejo Nacional del Movimiento. Organismo superior de Falange Tradicionalista y de las JONS, había sido creado en 1937 con carácter consultivo y subordinado al jefe nacional, Franco. Sus componentes lo eran por su condición de dirigentes nacionales del partido o por designación del dictador y pertenecían a las distintas familias políticas que albergaba el partido único. La heterogeneidad ideológica de los consejeros, sin embargo, quedaba compensada por su homogeneidad esencial, la lealtad al general. A lo largo de los años cuarenta, la actividad del Consejo fue bastante limitada y prácticamente inexistente desde el final de la guerra hasta 1956, en que fue revitalizado por el nuevo secretario general José Luis de Arrese dentro de su estrategia para institucionalizar el régimen.

A partir de esa fecha, el Consejo desarrolló una actividad creciente como foro de debate y análisis político de los problemas que planteaba al régimen su débil institucionalización y los cambios que había experimentado la sociedad española. A lo largo de todas y cada una de sus sesiones, los consejeros se empeñaron afanosamente en la búsqueda de las fórmulas apropiadas para lograr la adaptación del régimen a los nuevos tiempos y asegurar con ello su preservación, sin cuestionar naturalmente la *legitimidad de origen* de la dictadura y los principios fundamentales que la inspiraban.

Estructurado en dos grandes secciones, la primera de ellas corre a cargo de Carme Moline-

ro que analiza el período que transcurre entre el final de la Segunda Guerra Mundial y el año 1970. La segunda, debida a Pere Ysàs, se centra en los años finales del franquismo y primeros de la transición hasta la celebración de las primeras elecciones democráticas, en 1977. Una cesura, la de 1970, que podría redundar en un cierto desequilibrio pero que obedece a motivaciones bien fundadas. La multiplicación de las sesiones del Consejo a medida que se aproximaba lo que eufemísticamente sería denominado como el «hecho biológico», reveladoras de la profunda preocupación de las elites franquistas sobre el futuro del régimen sin Franco pero también de las discrepancias sobre la mejor manera de alcanzar ese objetivo. En conjunto, cinco capítulos, dos correspondientes a la primera parte, tres a la segunda, en los que se examinan con detenimiento las discusiones y las propuestas de los componentes del Consejo.

Unos debates que los autores enmarcan justamente en la evolución interna seguida por el régimen franquista y el conflicto que enfrentaba a las elites políticas en su lucha por el poder, de un lado, así como en el incremento del disenso y la movilización de la oposición. Los acontecimientos de 1956, la Ley Orgánica del Estado, la reforma sindical, la muerte de Carrero Blanco, el Espíritu del 12 de febrero y el proyecto para la reforma política de Suárez son hitos que permiten conocer de primera mano las reacciones y alternativas planteadas desde el Consejo, por otro lado, poco o nada coincidentes. La clarividencia con que algunos consejeros, Rodolfo Martín Villa por ejemplo, analizaban la realidad social y planteaban vías para una reforma de la dictadura que apuntaban incluso hacia la democracia, contrasta vivamente con la defensa a ultranza del régimen por los sectores más inmovilistas, entre los que sobresalía el siempre vehemente Blas Piñar. En cualquier caso, las propuestas de unos y otros carecían de eficacia política alguna, dado el carácter meramente consultivo del Consejo. Molinero e Ysàs demuestran fehacientemente que nunca operó

como lo que en teoría era, órgano superior del partido único, sino más bien como think tank, una fábrica de ideas que, por otro lado, tampoco llegaron a materializarse. Salvo, a finales de 1974 –la fecha en sí ya es significativa– en el caso de las asociaciones políticas, al fin y al cabo una victoria pírrica del sector inmovilista, mayoritario en el Consejo. De aquellos que esperaban con la famosa «ventanilla» hacer frente a los retos de un presente cada vez más enrarecido y, sobre todo, alejado del 18 de Julio.

Como es natural, el Consejo Nacional del Movimiento no constituía todo el franquismo. Sólo era una parte y, tal como ponen de manifiesto los autores de este libro, no la más relevante en la praxis política, pero sus debates y propuestas de futuro para un franquismo sin Franco reflejan de modo descarnado el creciente y profundo desajuste entre un régimen anclado en el espíritu del 18 de Julio y las aspiraciones y necesidades de una sociedad cada vez más ajena a todo lo que representaba. Un libro, pues, necesario, que aborda un enfoque poco explorado y que enriquece nuestro conocimiento sobre la dictadura del general.

Ángeles González

JULIO PRADA RODRÍGUEZ

De la agitación republicana a la represión franquista (Ourense 1934-1939)

Barcelona, Ariel, 2006

ISBN: 978-84-344-5208-4

Decía la máxima asentada por la «Xeración Nós» que había que concebir a Galicia como célula de universalidad, acentuando así la vocación que les animaba, firmemente asentada en la revalorización de lo propio en una clave global. De algún modo, la obra de Julio Prada parece querer convertir también su estudio sobre Ourense en algo más que un estudio sobre la represión dentro del modelo agregacionista-provinciano al uso. Para ello, se acude a una suerte

de metodología histórica en la cual se combina un conocimiento exhaustivo de las fuentes y unas lecturas bibliográficas de contenido teórico, que pretenden amplificar el espectro de las hipótesis que se plantean. Con respecto a las fuentes, sólo cabe insistir en el impresionante volumen de documentación manejada, que transita desde la fuente de origen judicial, la documentación administrativa o privada, a la propia fuente oral. Tanto es así, que sin duda la obra no hace justicia al esfuerzo titánico de un historiador que ha podido llegar a tal cantidad de fuentes en un tiempo relativamente corto, con el mérito añadido de haberlo hecho sin ayuda más que de su propio trabajo. Una parte de ello se refleja en el útil CD que acompaña a la edición. Evidentemente, esta obra supone la culminación de una trayectoria de estudios de la última década y convierten al autor en el especialista más destacado sobre un tema de tanta enjundia como la Segunda República y la represión en la provincia de Ourense.

Y es que, como señala Prada, a pesar de los límites en las transformaciones económicas y sociales, el «Ourense republicano no es ajeno a los grandes debates de la política nacional» (p. 14). Comienza su trabajo con un breve repaso de algunos referentes sociológicos e históricos acerca de la violencia, básicamente alrededor de las síntesis de Eduardo González Calleja, para concluir que será más importante la percepción de la violencia que generan los actores sociales que la propia violencia en sí misma. Insiste en esta idea al afirmar que PCE y Falange, objetivamente poco más que grupúsculos, poseían una gran capacidad de intimidación, que llevaba a la percepción de una *materialización ampliada* de su capacidad real de proyección sobre la sociedad (p. 31). A pesar de algunos deslices deterministas, «la dinámica de *acción-reacción* en que entraron derecha e izquierda en las calles ourensanas sólo podían concluir con la eliminación, ya que no física, cuando menos *sociosimbólica* del adversario» (p. 32), el autor huye de la idea historiográficamente denostada desde

hace décadas, de la inevitabilidad de los sucesos que comenzaron en julio de 1936.

En la secuenciación de la crisis republicana, se afirma la centralidad del mantenimiento del orden público, especialmente en lo que respecta a las bases legales para el enjuiciamiento de civiles por vía militar, una situación heredada del siglo XIX que la República no habría querido o podido corregir. De tal forma, concluye, octubre de 1934 y julio de 1936 no constituyen un punto de partida, sino una estación de llegada. En la pendiente que conduce al enfrentamiento final, destaca la importancia de los acontecimientos revolucionarios de Octubre, que aunque no llegaron siquiera en el conjunto de la provincia a la categoría de huelga insurreccional, generarán según el autor una redefinición de las actitudes e ideologías. Resulta un tanto contradictoria esta interpretación, así como la afirmación que hace suya de que la República en ese contexto, al verse obligada a recurrir al ejército, abre las puertas a una intervención futura, sobre todo teniendo en cuenta la larga tradición militarista del ejército español con su inevitable colofón de pretorianismo, que el propio autor parece destacar.

La parte de la obra que se ocupa del Golpe y de sus consecuencias, comienza con un minucioso relato de cómo la Sublevación se fragua, una conspiración con una débil base civil, base que adquirió un papel mucho mayor gracias precisamente al fracaso de la sublevación y a la fractura del ejército (p. 150). La represión se constituiría no como un efecto colateral de la acción de los sublevados, sino como un fundamento de su actuación perfectamente racionalizada. En la obra hay un esfuerzo por establecer una tipología de la represión a partir de sus diferentes manifestaciones: represión física, sea paralegal, institucionalizada o juridificada, económica, la depuración administrativa, y la represión social, cultural y psicológica. Desde el punto de vista de la presentación ordenada de los datos, esta tipología es evidentemente útil, pero resulta algo más floja a la hora de ser un modelo in-

terpretativo en sí misma o responder a la cuestión de qué factores explican el hecho de que se opte por un tipo de represión en unos casos y no en otros. Sobre todo pensando en que la represión, según señala el autor, es una acción planificada racionalmente.

Con respecto a los protagonistas, tanto los sujetos activos como sus víctimas, destaca el autor la responsabilidad final de los militares, incluido en el caso de la represión que llama paralegal, y ello a pesar de que no decidieran cada una de las muertes que tuvieron lugar en la provincia. La geografía de la represión, caracterizada por una enorme dispersión, responde según Prada a la necesidad de extender el terror hasta el último rincón de la provincia para paralizar el menor síntoma de disidencia y mover a la colaboración activa con el régimen (201). En cuanto a las víctimas, el autor señala que «la represión se dirigió precisamente contra aquellos sectores que más se habían identificado con el proyecto de transformación política y social republicano» (226). Una represión que fue por tanto selectiva, una represión de *status* según se dice, que afectaba a los que ostentaban el poder, reconocimiento o influencia social.

La obra de Julio Prada representa, en definitiva, un ejemplo muy acabado de la evolución de los trabajos historiográficos de las últimas décadas sobre la represión franquista. Cabe plantearse si sería útil a partir de ahora, comenzar a ubicar de un modo comparado estos sucesos en el contexto internacional, y no solamente en el mismo tiempo histórico. De este modo, se conseguirá sin duda desterrar la idea de que por contar hasta el último muerto que causó la violencia, podremos llegar a conocerla mejor.

Antonio Míguez Macho